



Los sueños se construyen juntos

Día de la Acción Católica
y del Apostolado Secular

Subsidio litúrgico
para el celebrante

Solemnidad de Pentecostés

Domingo, 23 de mayo de 2021



© CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

El texto de esta obra es propiedad de la Conferencia Episcopal Española, a quien compete conceder el derecho de reproducción conforme a lo establecido por la Instrucción *Liturgiam authenticam*, promulgada por la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos (28 de marzo de 2001), así como por las normas y leyes civiles vigentes.

RITOS INICIALES

CANTO DE ENTRADA

Reunido el pueblo, el sacerdote con los ministros va al altar, mientras se entona el canto de entrada: Envía tu Espíritu (CLN, 254) u otro canto apropiado. Si no hay canto de entrada, los fieles, o algunos de ellos, o un lector, recitarán una de las antífona de entrada (Sab 1, 7; cf. Rom 5, 5; 8, 11):

El Espíritu del Señor llenó la tierra y todo lo abarca, y conoce cada sonido. Aleluya.

O bien:

El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que habita en nosotros. Aleluya.

SALUDO AL ALTAR Y AL PUEBLO CONGREGADO

Terminado el canto de entrada, el sacerdote y los fieles, de pie, se santiguan, mientras el sacerdote dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

℟. Amén.

El sacerdote, extendiendo las manos, saluda al pueblo diciendo:

**El Dios de la vida,
que ha resucitado a Jesucristo
rompiendo las ataduras de la muerte,
esté con todos vosotros.**

℟. Y con tu espíritu.

MONICIÓN DE ENTRADA

El sacerdote, el diácono u otro ministro idóneo, hace la siguiente monición sobre el sentido de la Jornada:

El día de Pentecostés, al recibir el Espíritu los discípulos orando todos juntos, son un signo de la Iglesia de todos los tiempos. Durante los meses en que estuvimos confinados en nuestras casas a causa de la COVID-19 añorábamos el encuentro

comunitario, la asamblea litúrgica. Hoy celebramos la fiesta del Espíritu Santo, que nos impulsa a soñar que otro mundo es posible. «Los sueños se construyen juntos». Nos ponen en movimiento, ya que somos Pueblo de Dios en salida.

Celebramos el día de la Acción Católica y del Apostolado Seglar. El laicado es, somos, la gran mayoría de la Iglesia. Caminamos juntos, nos tenemos en cuenta los unos a los otros, descartamos el individualismo y la competición entre nosotros. Descubrimos en la fraternidad el horizonte al que estamos llamados por Dios.

A él le damos gracias, en esta eucaristía, porque no deja de enviarnos al mundo. Un mundo que necesita de la alegría del Evangelio. Un mundo que debe reinventarse en medio de la oscuridad provocada por la pandemia. Un mundo secularizado en el que queremos ser significativos, fermento del reinado de Dios.

RITO DE LA BENDICIÓN Y ASPERSIÓN DEL AGUA

El rito de la bendición y aspersión del agua bendita sustituye el acto penitencial.

El sacerdote, de pie en la sede, vuelto al pueblo, teniendo delante el recipiente con el agua que va a ser bendecida, invita al pueblo a orar con estas o similares palabras:

Invoquemos, queridos hermanos, a Dios, Padre todopoderoso, para que bendiga esta agua, que va a ser derramada sobre nosotros en memoria de nuestro bautismo, y pidámosle que nos renueve interiormente, para que permanezcamos fieles al Espíritu que hemos recibido.

Después de un breve silencio, prosigue diciendo con las manos extendidas:

**SEÑOR, Dios todopoderoso,
Escucha las oraciones de tu pueblo,
ahora que recordamos
la acción maravillosa de nuestra creación
y la maravilla, aún más grande, de nuestra redención;
dígnate bendecir ✠ esta agua.**

**La creaste para hacer fecunda la tierra
y para favorecer nuestros cuerpos
con el frescor y la limpieza.**

**La hiciste también instrumento de misericordia
al librar a tu pueblo de la esclavitud
y al apagar con ella su sed en el desierto;
por los profetas la revelaste como signo de la Nueva Alianza
que quisiste sellar con los hombres.**

**Y, cuando Cristo descendió a ella en el Jordán,
renovaste nuestra naturaleza pecadora
en el baño del nuevo nacimiento.**

**Que esta agua, Señor,
avive en nosotros el recuerdo de nuestro bautismo
y nos haga participar en el gozo de nuestros hermanos
bautizados en la Pascua.**

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R̄. Amén.

Cuando las circunstancias locales o la costumbre del pueblo aconsejen conservar el rito de mezclar sal en el agua bendita, el sacerdote bendice la sal, diciendo:

TE pedimos humildemente,
Dios todopoderoso,
que te dignes bendecir ✠ esta sal,
del mismo modo que mandaste al profeta Eliseo
que la arrojase al agua
para remediar su esterilidad.
Concédenos, Señor,
que allí donde se derrame esta mezcla de sal y agua
sea ahuyentado el poder del enemigo
y nos proteja siempre
la presencia del Espíritu Santo.

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R̄. Amén.

Y, en silencio, pone la sal en el agua.

A continuación, el sacerdote toma el hisopo, se rocía a sí mismo y a los ministros, después al clero y al pueblo, recorriendo la iglesia, si le parece oportuno.

Mientras tanto se canta un canto apropiado.

Terminado el canto, el sacerdote, de pie y de cara al pueblo, con las manos juntas, dice:

Que Dios todopoderoso nos purifique del pecado
y, por la celebración de esta eucaristía,
nos haga dignos de participar
del banquete de su reino.

R̄. Amén.

A continuación, se canta o se dice el himno Gloria (p. 8).

Si no se hace el rito de la aspersion y bendición del agua bendita, se hace el:

ACTO PENITENCIAL (TERCERA FÓRMULA)

El sacerdote invita a los fieles al arrepentimiento:

Jesucristo, el justo, intercede por nosotros y nos reconcilia con el Padre. Abramos, pues, nuestro espíritu al arrepentimiento para acercarnos a la mesa del Señor.

Se hace una breve pausa de silencio. Después, el sacerdote, u otro ministro, dice las siguientes invocaciones:

Tú, que eres el Camino y nos animas a nosotros a caminar. Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

Tú, que eres la Verdad que brilla en medio de tanta mentira. Cristo, ten piedad.

Rx. Cristo, ten piedad.

Tú, que eres la Vida que supera los miedos y temores. Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

El sacerdote concluye con la siguiente plegaria:

**Dios todopoderoso
tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados
y nos lleve a la vida eterna.**

Rx. Amén.

HIMNO

Puede introducirse con la siguiente monición.

Cantemos (recitemos) el himno de alabanza invocando a Jesucristo, el Señor, sentado a la derecha del padre para interceder por nosotros

A continuación, se canta (cf. CLN, cantos que van precedidos por la letra C) o se dice el himno.

Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor. Por tu inmensa gloria te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias, Señor Dios, Rey celestial, Dios Padre todopoderoso. Señor, Hijo único, Jesucristo; Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre; tú que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros; tú que quitas el pecado del mundo, atiende nuestra súplica; tú que estás sentado a la derecha del Padre, ten piedad de nosotros; porque solo tú eres Santo, solo tú Señor, solo tú Altísimo, Jesucristo, con el Espíritu Santo en la gloria de Dios Padre. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Acabado el himno, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos. Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

OH, Dios, que por el misterio de esta fiesta santificas a toda tu Iglesia en medio de los pueblos y de las naciones, derrama los dones de tu Espíritu sobre todos los confines de la tierra

**y realiza ahora también, en el corazón de tus fieles,
aquellas maravillas que te dignaste hacer
en los comienzos de la predicación evangélica.**

Junta las manos.

**Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.**

R̄. Amén.

LITURGIA DE LA PALABRA

MONICIÓN A LAS LECTURAS

Hoy, día de Pentecostés, culminamos el tiempo pascual que iniciábamos hace cincuenta días en la noche de la Pascua, en la que, celebrando el gozo de la Resurrección, renovábamos las promesas bautismales. El envío del Espíritu Santo hace posible que esas promesas se conviertan en una realidad en nuestra vida. Él es el alma de la Iglesia. El Espíritu nos permite escuchar y acompañar. Por eso, la diversidad en la Iglesia, el pluralismo en nuestra sociedad, no nos asustan: el Espíritu siempre nos muestra caminos de comunión. El Evangelio es una llamada a la misión. Toda la Iglesia es discípula y misionera. Que el Espíritu prometido por Jesús abra las puertas y renueve nuestras vidas, y nos haga escuchar con atención la Palabra de Dios en este día.

NOTAS PARA LA HOMILÍA

Estamos celebrando el Día de la Acción Católica y del Apostolado Seglar. Lo hacemos bajo el lema «Los sueños se construyen juntos», e impulsados por la fuerza que recibimos en el Congreso Nacional de Laicos «Pueblo de Dios en salida», celebrado en Madrid en febrero de 2020. Un año y unos meses han pasado de aquella fecha y parecen una eternidad. El coronavirus ha trastocado hasta nuestra noción del tiempo... En aquel encuentro resonaron palabras, líneas de trabajo, intuiciones pastorales para la evangelización del mundo de hoy. Sinodalidad, poner a Cristo en el centro y vivir la fe como misión. Sinodalidad es una palabra que, como tantas otras, proviene del griego, la lengua en la que se escribió el Nuevo Testamento. Sinodalidad significa caminar juntos, escucharse los unos a los otros, acompañar los procesos personales de los miembros de la comunidad. Es una experiencia apostólica esencial. Nos pudiera pasar como a los primeros discípulos al final del evangelio de Lucas y Juan, que vuelven al cenáculo, dejan de caminar y se encierran.

Aquel estar encerrados, por miedos justificados o sin justificar, lo podemos llamar también, como haría el papa Francisco, “auto-referencialidad”. Esta es un peligro real que amenaza a la Iglesia. Peligro que solamente se vence colocando a Cristo en el centro de todo lo que existe. Cristo, que es cruz y es luz. Cristo, que para resucitar ha pasado por la conmoción del Viernes Santo. Su luz se transfigura a través de las heridas abiertas de su cuerpo crucificado. Luz que penetró las almas de los primeros discípulos y los sacó de aquella casa que tenía las puertas cerradas. Como ya en otro tiempo había hecho con el paralítico de Cafarnaúm en el inicio de su misión, ahora les dice a sus amigos: levantaos y andad.

Hoy es el Día del Apostolado Seglar, laicos y laicas, la gran mayoría en la Iglesia. Todo el Pueblo de Dios es apostólico, ha de estar en actitud de salida. Todos, laicos y clérigos, debemos evitar la tentación de la trinchera y el encerramiento en nuestras zonas

de confort. No basta con discernir y meditar continuamente; después de ese necesario tiempo, hemos de elegir. Después de tomar conciencia de que somos una misión en esta tierra, hemos de cumplirla. Los cristianos tenemos la misión de trabajar por el reino de Dios imitando a Cristo Jesús, continuando así los principios apostólicos de la Iglesia. El día de Pentecostés salieron de sus miedos y caminaron juntos enviados por el Espíritu Santo. Gracias a este don, también hoy los sueños se construyen juntos.

PROFESIÓN DE FE

Puede introducirse con la siguiente monición.

Proclamemos nuestra fe en Dios Padre, por Jesucristo, su Hijo, en la unidad del Espíritu Santo.

Acabada la homilía se hace la profesión de fe.

Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible.

Creo en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre, por quien todo fue hecho; que por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo,

En las palabras que siguen, hasta se hizo hombre, todos se inclinan.

y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre; y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato; padeció y fue sepultado, y resucitó al tercer día, según las Escrituras, y subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre; y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin.

Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria, y que habló por los profetas. Creo en la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica. Confieso que hay un solo bautismo para el perdón de los pecados. Espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro. Amén.

En lugar del Símbolo Niceno-constantinopolitano, se puede emplear el Símbolo bautismal de la Iglesia de Roma, también llamado «de los Apóstoles».

Creo en Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra.

Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor,

En las palabras que siguen, hasta María Virgen, todos se inclinan.

que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso. Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna. Amén.

ORACIÓN UNIVERSAL

El sacerdote, con las manos juntas, invita a los fieles a orar diciendo:

En esta fiesta de Pentecostés oremos a Dios Padre para que envíe su Espíritu, renueve su Iglesia y transforme al mundo entero. A cada invocación, responderemos: Envía, Señor, tu Espíritu.

Las intenciones son propuestas por un diácono o, en su defecto, por un lector u otra persona idónea.

— Por el papa Francisco y toda la Iglesia. Para que seamos Pueblo de Dios en salida y trabajemos en la construcción del reino de Dios. Oremos.

— Por los afectados por la pandemia. Por los difuntos y sus familiares. También por quienes en este tiempo han actuado y actúan como auténticos samaritanos. Oremos.

— Por la Acción Católica y todo el Apostolado Seglar. Para que, renovados por el Espíritu Santo, caminemos juntos hacia los alejados. Oremos.

— Por las personas que son descartadas por un sistema social injusto. Para que vivamos la cercanía efectiva con los pobres y los que sufren, al estilo de Jesús. Oremos.

— Por la tierra, nuestra casa común. Para que el Espíritu Santo nos ayude a defenderla cambiando nuestro estilo de vida y buscando siempre el bien y el cuidado del otro. Oremos.

— Por nosotros, para que juntos construyamos, con la ayuda del Espíritu Santo, los sueños de Dios para el mundo, para la Iglesia y para cada uno de nosotros. Roguemos al Señor.

El sacerdote, con las manos extendidas, termina la plegaria común diciendo:

DIOS, Padre bueno, envíanos tu Espíritu;
escucha nuestra oración
y conviértenos en verdaderos discípulos
y misioneros de tu Hijo,

Junta las manos.

que vive y reina por los siglos de los siglos.

R̄. Amén.

CANTO DE COMUNIÓN

Cuando el sacerdote comulga el Cuerpo de Cristo, comienza el canto de comunión: Hombre nuevos (CLN, 718) u otro canto apropiado.

Después de distribuir la comunión, el sacerdote puede ir a la sede. Si se juzga oportuno, se pueden guardar unos momentos de silencio o cantar un salmo o cántico de alabanza.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Luego, de pie en la sede o en el altar, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos, a no ser que este silencio ya se haya hecho antes.

Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

OH, Dios, que has comunicado a tu Iglesia
los bienes del cielo,
conserva la gracia que le has dado,
para que el don infuso del Espíritu Santo
sea siempre nuestra fuerza,
y el alimento espiritual
acrecente su fruto para la redención eterna.

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R̄. Amén.

RITO DE CONCLUSIÓN

En este momento se hacen, si es necesario y con brevedad, los oportunos anuncios o advertencias al pueblo.

BENDICIÓN SOLEMNE

El sacerdote, vuelto hacia el pueblo, extendiendo las manos, dice:

El Señor esté con vosotros.

R̄. Y con tu espíritu.

El diácono o, en su defecto, el mismo sacerdote, puede amonestar a los fieles con estas palabras u otras parecidas:

Inclinaos para recibir la bendición.

Luego, el sacerdote, con las manos extendidas continúa diciendo:

DIOS, Padre de los astros,
que en el día de hoy iluminó las mentes de sus discípulos
derramando sobre ellas el Espíritu Santo,
os alegre con sus bendiciones
y os llene con los dones del Espíritu consolador.

Rx. Amén.

**Que el mismo fuego divino,
que de manera admirable se posó sobre los apóstoles,
purifique vuestros corazones de todo pecado
y los ilumine con la efusión de su claridad.**

Rx. Amén.

**Y que el Espíritu que congregó en la confesión de una misma fe
a los que el pecado había dividido en diversidad de lenguas
os conceda el don de la perseverancia en esta misma fe,
y así podáis pasar de la esperanza a la plena visión.**

Rx. Amén.

**Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠, y Espíritu Santo,
descienda sobre vosotros y os acompañe siempre.**

Rx. Amén.

DESPEDIDA

Luego el diácono, o el mismo sacerdote, con las manos juntas, despide al pueblo diciendo:

**Anunciad a todos la alegría del Señor resucitado.
Podéis ir en paz, aleluya, aleluya.**

Rx. Demos gracias a Dios, aleluya, aleluya.

Después, el sacerdote besa con veneración el altar, como al comienzo, y, hecha la debida reverencia con los ministros, se retira a la sacristía.



LIBROS
LITÚRGICOS
Conferencia Episcopal Española